





IDOLA
GERMÁN MARÍN
SUDAMERICANA, SANTIAGO

Una bomba de tiempo

LA DEGRADACIÓN DEL PROTAGONISTA Y NARRADOR —UN ESCRITOR SEPTUAGENARIO LLAMADO GERMÁN QUE RUEDA POR LA ESCALA SOCIAL Y SE INVOLUCRA EN UNA RED DE PORNÓGRAFOS—, ES EL MOTIVO CENTRAL DE LA ÚLTIMA NOVELA DE GERMÁN MARÍN: ESTE PROCESO IRÁ TAMBIÉN ALTERANDO SU LENGUAJE Y LO ENFRENTARÁ A INTERIORES ENRARECIDOS Y A UNA CIUDAD CARGADA DE AMENAZAS, CUYO UNIVERSO NO LOGRA ENTENDER DEL TODO Y QUE CARBONEA EN ÉL UN PROGRESIVO RESENTIMIENTO.

Un criterio para confirmar la efectividad de una novela podría ser lo fácil y envolvente que resulte su lectura. En este sentido, la última entrega de Germán Marín —autor de *Las cien águilas*, *Círculo vicioso* y *El palacio de la risa*—, logra meter plenamente al lector en un vertiginoso curso de lectura, abigarrado por las frases largas, por la multitud de palabras de nueva y vieja data —términos dudosos de la calle o de salón antiguo—, y por una abundancia de hechos y observaciones que se abren y trabean como una bomba de tiempo en la realidad-ficción del relato. Sin embargo, y según declarara Marín en una entrevista reciente, sus libros no son ramos de flores, regalos de fácil engullimiento y escaso temblor como las producciones de una Isabel Allende. Él necesita un lector que esté dispuesto a observar los escamios de una realidad de ínfimas y brutales esperanzas, a pasearse por una ciudad que se va perdiendo, que revela el miedo y el horror de este tiempo y los otros.

Idola parte así, como advirtiendo, con la devastación de un terremoto, con su protagonista-narrador convertido en un fantasma que al despertarse en la resaca alcohólica recorre un Santiago destruido, donde las delicias del cerro Santa Lucía han ido a caer sobre las cúpulas de la Biblioteca Nacional. Reina el saqueo, la violación y el miedo, espantos que llevan al personaje a anestesiarse en un pavor frío, a refugiarse en la degradación de su vida personal.

Esta amenaza de desmoronamiento constante, resistida con las últimas fuerzas —“si algo sabía era aguantar”, dirá el protagonista al prepararse a enfrentar nuevos peligros—, apenas puede evadirse con las distracciones de la vida corriente, con los recuerdos y amigos del pasado, que se diluyen en la misma derrota generalizada. Como única salvación aparece entonces el más viejo objeto de deseo (la pintura de Courbet *El origen del mundo*, cuya reproducción aparece al comienzo del libro). Esta representación de una mujer con las piernas abiertas que exhibe su vulva y su pubis —que el personaje atesora en la forma de una vulgar postal—, será la imagen a escudriñar, en su génesis histórica y delirios privados, a lo largo de la novela. “El triángulo de la muerte”, como lo llama en algún pasaje, “me concitaba una fascinación casi religiosa... Constituíla mi ídolo, mi idola. Tal vez no era casual que ese dibujo geométrico apareciera en la historia como símbolo en distintas corrientes espirituales, tanto con el vértice hacia abajo como hacia arriba”.

El deseo y el sexo se elevan a lo más alto y caen también en oscuras abyecciones. Porque el protagonista, vuelto a Chile del exilio, ungido por dinero termina por trabajar en negocios de la peor especie, asunto que de todas formas da algún sosiego a la mendacidad de sus días. Al mismo tiempo, algo lo liberan los amorfos con Sofía, una cajera de fuente de soda céntrica que encarna *El origen del mundo* —“nadie más que Sofía sabía plasmar en mí una realidad de pubis mental, extraído de ese lienzo decimonónico, del que continuaba prisionero, atado sin ayer a su remembranza”—, y que le muestra una dimensión insospechada del amor y su desamparo. “Si el coito histórico efectuado por el macho era además reflejo de poder y virilidad, qué hacía yo sino contraenime, ceder en la diferencia que me separaba de Sofía, acercarme tal vez a ser de la misma naturaleza que ella ofrecía, ni varón ni mujer tal cual sospechaba, sino andrógino como los libros remotos señalaban que eran los ángeles”, especula el narrador, refiriéndose a la práctica de inversión de roles sexuales en que lo involucra la mujer.

Reflexiones de esta índole se cruzan en su insistencia con la crudeza y crueldad cotidiana, con hechos feroces que delatan la sordidez de Santiago y del estado de cosas de un país “de ratas pardas” donde todo termina mal, patria de la mala cueva y de una dolorosa desconfianza en el prójimo. Las rasquerías, la horripilancia, la violentización marginal y el tráfico de drogas son el fondo para delatar los terrores ocultos, para poner la bomba a punto de estallar. Un violento desenlace al fin es deseado por un tipo que siente oxidarse como una lancha abandonada. “Chile conformaba un país donde nadie se salvaba de hundirse en él, de aceptar finalmente lo que se odiaba, de traicionarse a sí mismo, de ser el enemigo que uno rechaza cuando joven”. Hundiéndose él también irremediablemente, se preguntará qué ha hecho de su vida, en qué minuto ésta se ha torcido. No se encontrarán más respuestas que las equivocaciones y tropiezos que construyen esta historia, la de un sobreviviente.

Marcela Fuentealba

Una bomba de tiempo [artículo] Marcela Fuentealba

AUTORÍA

Fuentealba, Marcela

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una bomba de tiempo [artículo] Marcela Fuentealba. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile